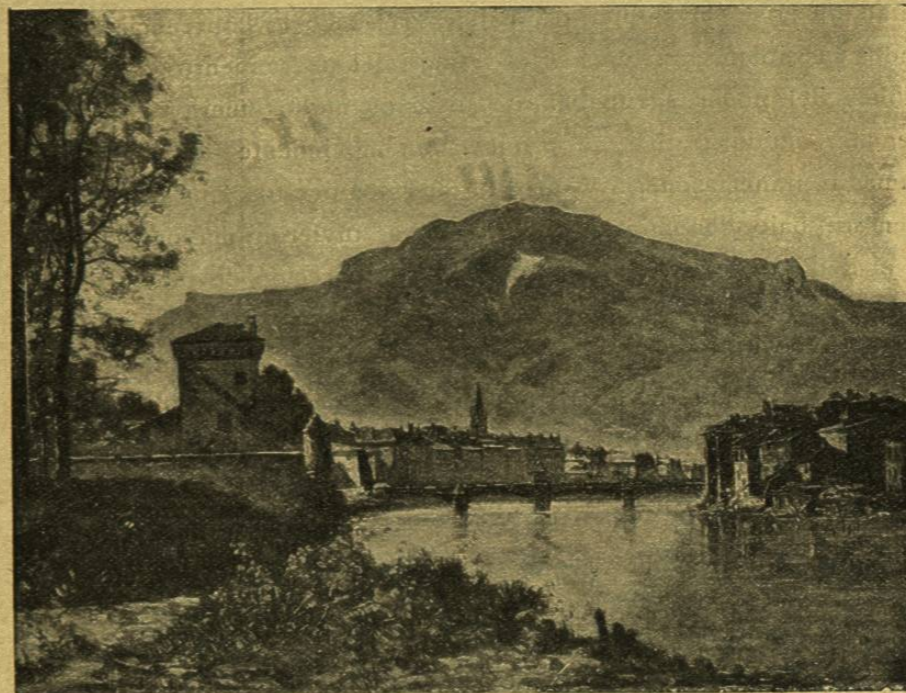


el más santo de los deberes en la conservación de su propiedad de siervos blancos, que las herencias, las confiscaciones, las intrigas, las captaciones le habían valido en los siglos anteriores.

Los religiosos de Saint-Claude, en número de veinticuatro, dependían directamente del papa, con título de canónigos, y usaban ornamentos que les asimilaban á los obispos. Frailes escogidos, esos altos personajes eran también la flor de la nobleza, puesto que no podían entrar en la comunidad sino á condición de ser nobles «de cuatro razas», á la vez del lado paterno y materno: representaban, pues, la elección de los escogidos entre los privilegiados de Francia, y como tales habían de sostener el combate por los intereses de su casta. En 1770, cuando los siervos «invendibles de cuerpos y de bienes» que poseían los canónigos de Saint-Claude dirigieron una humilde súplica al rey, la opinión pública se apasionó por aquellos desgraciados: un abogado de Saint-Claude, Christin, defendió su causa con vehemencia; después Voltaire aportó á ella aquella elocuencia que había puesto al servicio de Calas, y removi6 de nuevo Francia y el mundo, pero todo fué inútil: apoyados sobre el parlamento de Besançon, algunos de cuyos miembros tenían también siervos en sus territorios, los monjes-señores de Saint-Claude se sostuvieron firmes contra su propio obispo, contra el rey y contra la opinión; hasta en plena Revolución, después de la toma de la Bastilla, conservaron sus siervos, comprendiendo en aquella servidumbre los colonos extranjeros á quienes una suerte funesta había obligado á residir un año y un día en el país.

Y sin embargo, ¡aquella Francia donde las supervivencias de la Edad Media eran todavía tan poderosas y numerosas, se creía madura para constituir una sociedad ideal de ciudadanos iguales y libres! Para guiarla hacia aquel porvenir, se volvía con persistencia hacia el rey, quien, por su parte, se hallaba en la cruel duda de la elección de sus ministros, y, según el impulso que sufría, los tomaba alternativamente entre los adversarios ó los amigos de la corte. Después del enorme derroche de dinero que siguió á la caída de Turgot, Luis XVI llamó al protestante extranjero Necker, aunque por su mismo culto estuviese, por decirlo así, fuera de la ley aquel famoso banquero. Necker, que quería agradar á la opinión y conquistar la

popularidad, logró su objeto, sacrificando su fortuna, suprimiendo pensiones y prebendas, absteniéndose de aumentar los impuestos y hasta estableciendo tribunales provinciales para comprobar su administración. Aquello era hermoso en demasía, y la corte tuvo la bajeza de exigir de él, en recompensa de sus esfuerzos, que «abjurase



Cl. P. Sellier.

GRENOBLE EN LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN

solemnemente los errores de Calvino». Había encontrado dinero para sus empréstitos y se creía no tener ya necesidad de él (1781).

Se había ensayado la economía; con Calonne se iba á ensayar la prodigalidad. Puesto que la riqueza se mide con los gastos, pareció que no se podía gastar mucho: no obstante, Calonne arrojó millones sin contar, comprando palacios para el rey, para la reina, distribuyendo los regalos, las pensiones, los beneficios. Tan extrañas fueron las generosidades de aquel singular ministro de Hacienda, que algunos historiadores han creído ver en este personaje un revolucionario disfrazado que perpetraba todas aquellas locuras para preparar la catástrofe. «Siendo necesaria la reforma de la monarquía,

había que determinar los grandes cuerpos á consentirla, casi á desecharla, y para esto, era preciso hacerse su cómplice, distribuirles con magnificencia y gracia los restos del tesoro, seducirles, hartarles y conducirles riendo hasta el borde del abismo»<sup>1</sup>.

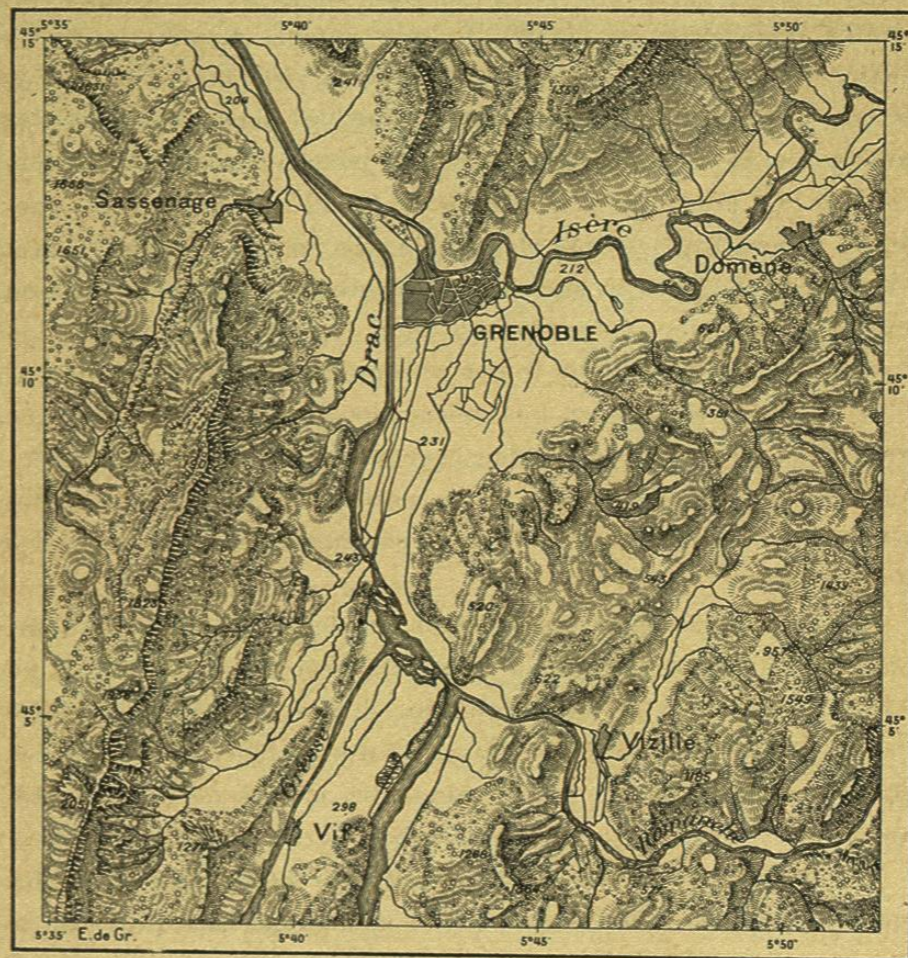
De tal modo parecía inevitable la ruina próxima del gobierno, que ya bajo el mundo oficial, en las sociedades secretas, se constituían muchos otros gobiernos, dispuestos á recoger la herencia. Entre todos los hombres á quienes el trabajo del pensamiento y las ambiciones del poder agrupaban de diversos modos fuera de la intervención administrativa, se producía un movimiento de vida intensa. Jamás la francmasonería y otros organismos ocultos, que han existido siempre bajo denominaciones diferentes, tuvieron mayor actividad: si el Estado con su jerarquía hubiera desaparecido de repente, inmediatamente se hubiera hallado un nuevo personal acostumbrado á las deliberaciones y á los discursos por una gran práctica en los conciliábulos clandestinos. El duque de Orleans, como jefe de la masonería, ensayaba ya el papel de monarca burgués que la «segunda rama» había de ejercer efectivamente en el siglo XIX. Casi todos los personajes que se hicieron famosos durante las grandes jornadas de la Revolución habían hecho su noviciado de hombres políticos en las logias de las sociedades secretas, y también en el misterio se formuló el «ternario sagrado», las tres palabras: Libertad, Igualdad, Fraternidad, escogidas después como símbolo de la República, admirable divisa tan lejana todavía de llegar á la realidad.

La parte de las diversas fracciones geográficas de Francia en el conjunto de la obra revolucionaria fué muy desigual: en un vasto territorio no todos los campos se parecen en fecundidad; los hay que no producen nada. Hubo provincias enteras que atravesaron el período dramático de los acontecimientos sin tomar en ellos carácter activo. El mediodía albigense y tolosano, particularmente, de tal modo había sido privado de fuerza y de savia vital en la época de su sangrienta persecución por las hordas feudales del Norte, que apenas tuvieron un poco de vigor y de energía que poner al servicio de las libertades públicas.

<sup>1</sup> Louis Blanc, *Histoire de la Révolution française*, 2.<sup>a</sup> edición. Tomo II, p. 151.

En otras provincias, por el contrario, especialmente en el este del reino, los motines populares formaron un prólogo á la toma de la Bastilla y adquirieron una importancia especialísima por su número

N.º 428. Grenoble y Vizille.



1 : 200 000  
0 5 10 Kil.

y su incesante repetición. La insubordinación creciente de los «indocumentados, refractarios y contrabandistas salineros», señalada por las autoridades de Besançon entre otras, desde 1788, los actos de bandidaje igualitario que hicieron tan popular entre las clases bajas el nombre de Mandrin, los folletos irrespetuosos que circulaban por todas partes, los mercados saqueados, los panaderos ahorcados, los

palacios señoriales entregados á las llamas, los archivos y los pergaminos reducidos á cenizas — «las escrituras malditas que en todas partes hacen deudores y oprimidos»<sup>1</sup> —, todos esos hechos locales fueron olvidados en la amplitud del movimiento de que fueron á la vez el prefacio y uno de los principales factores. Y estos movimientos económicos no cesaron lo más mínimo al aproximarse la reunión de los Estados Generales — como lo atestigua el saqueo de las casas Reveillon y Henriot en 27 y 28 de Abril en París —, ni durante los años que siguieron; puede citarse también la rebelión tardía de los campesinos del cantón de Vaud, en 1802, los *Bourla-Papey*, Quema-Papeles, que al grito de «Paz á los hombres, guerra á los papeles», hicieron hogueras de montones de papel y tomaron posesión de las tierras disputadas<sup>2</sup>.

Esta Jacquería obró sin tregua y constituyó una especie de base á las brillantes variaciones que ejecutaban en París las fuerzas que se hallaban en pugna; fué indudablemente influida por los acontecimientos de la capital, pero no es posible la explicación de éstos más que conociendo el apoyo que le prestaban las masas populares en los campos.

En cuanto á la parte que tomó en provincias la burguesía francesa, todavía inconsciente de lo que la diferenciaba del pueblo<sup>3</sup>, en la obra preparatoria de la Revolución, se concentró en dos puntos vitales, Rennes y Grenoble. Esas capitales pertenecían á unas comarcas que eran las que menos sufrían los efectos de la centralización despótica del reino<sup>4</sup>, y conservaban de ese modo una especie de virginidad. En virtud de las tradiciones hereditarias y de los convenios especiales estipulados con la monarquía, cada provincia se distinguía de las demás por algún rasgo de sus instituciones: así fué como Bretaña, fidelísima á su pasado, tenía todavía un parlamento que no era una simple asamblea de lacayos y de escribas, sino un cuerpo deliberante, tan orgulloso de sus prerrogativas como si el antiguo ducado fuera todavía un país libre y la unión con el reino limítrofe hubiera sido puramente voluntaria, resultando que cuando

<sup>1</sup> Citado por Taine, *Les Origines de la France Contemporaine*.

<sup>2</sup> Eug. Mottaz, *Les Bourla-Papey et la révolution Vaudoise*.

<sup>3</sup> Michel Bakounine, *Nota manuscrita*.

<sup>4</sup> Michelet, *Histoire de France*, vol. XVII, p. 419.

la corte rompió la resistencia del parlamento de París, vió levantarse en rebeldía el parlamento de Rennes, y fué preciso poner sitio á su palacio, detener á los manifestantes, enviando algunos á la Bastilla, á pesar de sus privilegios aristocráticos.

Lo ocurrido en Grenoble fué más grave: allí el parlamento tenía el pueblo consigo, y aquel pueblo tomó la iniciativa de la resistencia. El Delfinado no tenía, como Bretaña, el recuerdo de la independencia política, tenía algo que valía más: la práctica de las libertades positivas. Las regiones altas de la provincia, próximas á las nieves, que sólo comunican con los valles bajos por sendas difíciles, fueron abandonadas á sí mismas por administradores indolentes; se gobernaban como repúblicas autónomas, según sus costumbres, y se repartían el impuesto, siempre pagado escrupulosamente, aunque sin las condiciones exigidas por el capricho real. De ahí surgió un espíritu de digna resolución y de voluntad tenaz, del que participaban hasta los parlamentarios, á pesar de haberse pervertido por la práctica del embrollo.

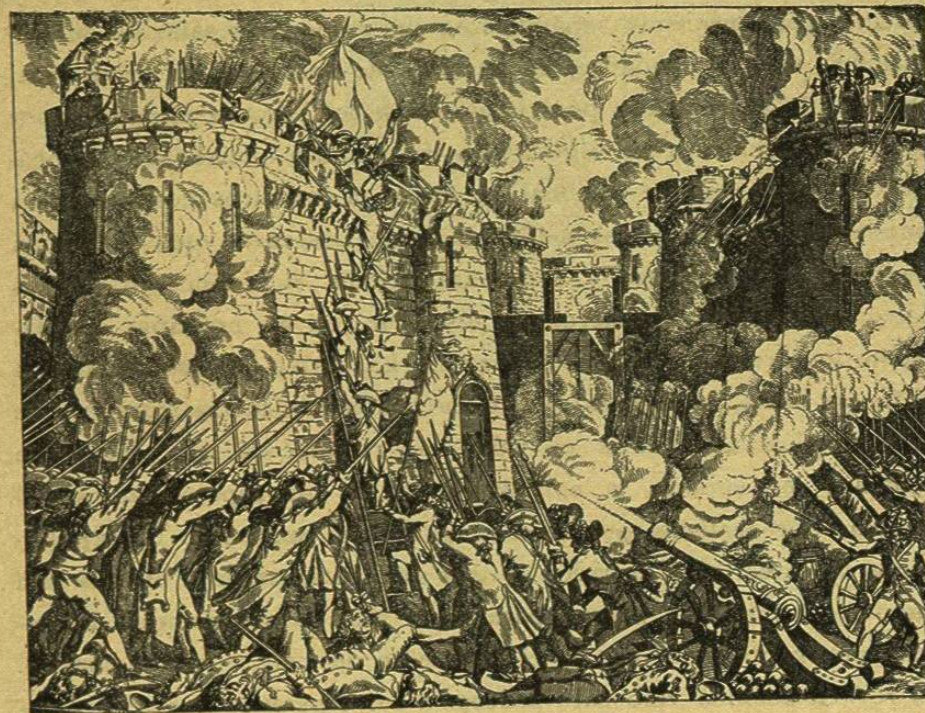
Cuando llegó á Grenoble la orden de destierro de aquellos magistrados, la ciudad se sublevó en su honor. Aunque contrariando algo á los mismos interesados, se les acompañó en procesión triunfal, acentuando las manifestaciones de triunfo las mujeres del pueblo, que primeramente cubrieron su tránsito de flores, y después, amenazando con palos, se volvieron contra la tropa, abofetearon á los jefes, rodearon á los soldados, los inmovilizaron, los dispersaron, se apoderaron de las puertas de la ciudad y tocaron á rebato para llamar á los campesinos de las inmediaciones. Aquello era una revolución: las órdenes de la corte fueron formalmente desobedecidas, y los delegados de los tres órdenes se reunieron por su plena iniciativa en el palacio de Vizille, inmediato á la tumultuosa Romanche (21 de Julio de 1788). Sintiendo representantes de Francia y no solamente del Delfinado, decidieron, en una larga sesión de veinte horas, que en lo sucesivo no se pagarían ya los impuestos á la simple demanda del rey, sino solamente por la voluntad del pueblo transmitida por los Estados Generales. De todas partes tenían los ojos fijos sobre los diputados delfineses y se les excitaba á la lucha; los soldados no osaban atacarles, unos porque eran del pueblo, otros

porque, ante el poder de la opinión pública, no sabían ya quiénes eran los verdaderos amos. Los diputados se dispersaron, pero la convocatoria de los Estados había quedado inevitable, y hasta con preponderancia del Tercero, es decir, de la burguesía francesa.

Precisamente un ministerio de combate, de pura violencia, el de Lomenie de Brienne, presentado por la reina como la expresión directa de su voluntad, fué el que, impulsado por la fuerza de las cosas, hubo de convocar los Estados, subordinando positivamente el rey á la nación. Este hombre provocativo despidió á los nobles para manifestar en qué desprecio tenía todo lo que no estaba sujeto á la domesticidad del rey, y luego, como por alarde, ofendió en su amor propio á todos aquellos pobres parlamentos de París y de provincias, que apenas pedían más que las apariencias exteriores en el respeto de sus antiguos privilegios. Por último, como por mofa de la representación nacional, instituyó un «tribunal pleno», compuesto de príncipes de la sangre y de los cortesanos inmediatos. A pesar de todo, cuando la caja se halló vacía, completamente vacía, fué necesario que Brienne se retirara y sometiese al rey á la humillación de llamar nuevamente á Necker, su enemigo personal, quien comenzó por sostener desdeñosamente el reino de Francia con su propia fortuna y con su crédito. Los Estados Generales iban á reunirse. La burguesía había triunfado: la nobleza, el clero y el rey pasaban á segundo término.

El movimiento de las elecciones tomó un carácter de grandeza épica, debido, no sólo á la importancia de los acontecimientos, sino también á los peligros inmediatos de la situación: Francia tenía hambre. El frío del invierno y la mala cosecha del año anterior habían triplicado la miseria; la mortalidad, agravada en muchos puntos por los motines, había aumentado extraordinariamente, y, á pesar de tantos males, el pueblo permanecía sostenido por la esperanza en tiempos nuevos y mejores. El voto, recogido en cada provincia según sus diferentes costumbres, fué casi universal, á excepción de París, ciudad siempre tratada inicuaamente, donde el ejercicio del sufragio estaba sujeto á condiciones de censo. En provincias votaron todos, á excepción de los domésticos: unos cinco millones de hombres, hecho único en la historia del mundo, tomaron parte en la

gran consulta nacional, y los delegados partieron para Versalles llevando los «cuadernos» en que se consignaban las quejas, los votos, los acuerdos y las esperanzas del pueblo. Aunque muy moderados en la forma, los cuadernos del Tercero eran unánimes en sus reivindicaciones de justicia y de igualdad, pero atestiguaban una fe monárquica muy sincera, afectuosa y respetuosa; se mostraban también



LA TOMA DE LA BASTILLA

De una estampa de la época.

poseídos de veneración por el cristianismo bajo su forma católica, y, si reclamaban la libertad de conciencia, no pedían la libertad de cultos<sup>1</sup>. En cuanto á los nobles y á los sacerdotes, procuraban también disminuir la carga que había de pesar sobre su propia casta y echarla sobre la casta rival. Los nobles pedían la abolición de los diezmos, el cierre de los conventos y la venta parcial de los bienes eclesiásticos. El clero, por su parte, pedía la supresión de los privilegios del noble y, á cambio de una parte de sus tierras,

<sup>1</sup> Ch. L. Chassin, *Génie de la Révolution*.

reclamaba lo que reclama siempre: la educación de la infancia, el alma de las generaciones futuras<sup>1</sup>.

Los Estados se reunieron el 5 de Mayo de 1789, fecha grande, considerada históricamente como el principio de una era nueva, la de la dominación burguesa en la Europa occidental. En un principio hubo movimiento sin avance: los órdenes, nobleza, clero y tercero, permaneciendo separados en sus respectivas salas de deliberaciones, sólo se ocuparon, en un lado, de conservar los privilegios, en otro, de suprimirlos; pero la asamblea del Tercero, impulsada por todo el movimiento del siglo, tuvo las grandes iniciativas: se constituyó en «Asamblea nacional» é intimó á los otros dos Estados á unírsele en la sala de las deliberaciones. Los curas, que se sentían pueblo por la pobreza y á quienes irritaba el aislamiento de sus colegas, fueron los primeros en obedecer, en un principio aisladamente los preladados, después en masa. La corte, que todavía poseía la fuerza bruta, se imaginó que tenía también la fuerza moral y que la Asamblea no tendría el valor de reunirse si un piquete de soldados les impedía la entrada, pero ya los representantes del pueblo, por realistas que fueran, se habían convertido en republicanos sin saberlo, y, echados de una sala, se lanzaron á otra, la sala famosa del Juego de pelota, para hacer allí, en un arranque de entusiasmo y por unanimidad, el juramento de «no separarse jamás». El rey en persona vino para ordenar á los diputados que se dispersaran y esperasen su buena voluntad. Y fué entonces cuando Mirabeau lanzó al maestro de ceremonias el famoso apóstrofe: «¡Decid á los que os envían, que nosotros estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no se nos arrancará sino por el poder de las bayonetas!»

París venía ya á sostener la Asamblea, sin cuyo auxilio ésta hubiera probablemente cedido, después de previas prisiones ó matanzas. Se atacó una cárcel para libertar los cautivos, se quemaron las casillas de consumos y se apoderó el pueblo de armas y municiones; los soldados de la guardia francesa, casi todos Parisienses, se mezclaron

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de France*, XVII, ps. 463, 464.

con el pueblo; el regimiento de Chateaufieux, compuesto de Suizos vaudenses de lengua romanda, sintiéndose francés de costumbres y de tendencias, se negó á tirar sobre la multitud; se organizaron las milicias, tanto más ardientes para la lucha, cuanto que estaban rodeadas de tropas extranjeras, Alemanes, Suizos, Croatas, Húngaros, soldadesca cuyo lenguaje ni siquiera se entendía.

Y de repente, á pesar de jefes y consejeros, contra todo buen sentido y arrastrado por una fe ciega, por instinto unánime, el pueblo se precipitó ciegamente contra el bloc enorme de la Bastilla, contra el negro cubo de piedra á cuya sombra la ciudad se agitaba impotente, y la fortaleza, que hubiera podido defenderse por su sola masa, acabó

por abrir sus puertas é hizo caer su puente levadizo, porque sus mismos defensores sintieron que había llegado el gran día: la Bastilla se entregó «por mala conciencia»<sup>1</sup>, la voluntad colectiva de París le había hipnotizado.

La rendición de la Bastilla fué un acontecimiento capital que hizo temblar á los reyes, entusiasmó á los pueblos y tomó un sentido



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

DE LAUNAY

governador de la Bastilla, conducido al Hotel de Ville, donde no llegó con vida.

<sup>1</sup> Michelet, *Histoire de la Révolution Française*, I, p. 203, edición de 1877.